

La guerra civil en Austria

COMENTARIOS

La segunda caricatura de Hernández

Individualmente, los miembros de la social-democracia austriaca no se parecían a sus copartidarios de Alemania. Antes que para pensión vitalicia, ellos se preparaban para el encarcelamiento perpetuo. El SCHUTZBUND (organización militar del partido socialista) constituía, es cierto una enérgica reserva armada, pero era más bien un preparativo para el suicidio que un plan estratégico. Cuidadosamente retardaban ellos el desenlace, sin comprender que cada día transcurrido lo ganaban sus enemigos, paso a paso, iban abandonando sus posiciones por temor de aceptar el combate.

Sin embargo, no era el valor lo que faltaba en el ánimo del obrero vienés. En Floridsdorf, todos ellos se levantaron en huelga menos los ferrocarrileros. A medio día un auto de la policía se presenta ante las fábricas de gas con el ultimatum de juzgar en corte marcial el 10 por ciento de los huelguistas si dentro de diez minutos no habían vuelto al trabajo. Por toda respuesta, los obreros se arman y ocupan el fuerte de Floridsdorf.

Comenzada sin energía, la huelga se convirtió pronto en una insurrección llena de audacia y de heroísmo. Sin embargo, en muchos barrios los obreros no encontraron armas y en los más importantes, como consecuencia de arrestaciones en masa, no se pudo descubrir el depósito de armas, demasiado bien escondido. En el barrio XI el comisario Korbel hizo abortar el movimiento.

Un heilmwehr (fascista austriaco), todavía adolescente logra deslizarse durante la noche hasta los insurgentes, quienes, al verlo, se disponen a disparar. "Esperad!" — dice el granuja alzando los brazos, agregando luego: "Matadme, soy un traidor, me he pasado a los fascistas porque me prometieron darme de comer y calzarme. . . Hacia dos años que yo sufría hambres. . . Pero ahora, me han ordenado disparar contra vosotros y antes de hacerlo, prefiero morir: ¡matadme!".

Era difícil encontrar entre los rebeldes obreros de más de 30 años: fué una insurrección de jóvenes. Pero en el batallón a que llegó nuestro imberbe fascista había un viejo carpintero de blancos bigotes que al oír al joven, lanza un juramento y golpeándolo cariñosamente en la espalda, le dice riendo: "Vamos, tu tienes un fusil y tu solito averiguarás contra quién debes tirar".

En la noche, una horrible noticia circula en la "Ciudad Karl Marx": en una de las habitaciones, una mujer y su bebé habían sido muertos por el casco de un obús. Ni las mujeres ni los niños preocupaban al Canciller Dollfuss; ni disimulaba su nerviosidad. Los regimientos pedían refuerzos; los diplomáticos enviaban a París y a Londres telegramas larguísimo. Los rebeldes no querían entregarse en manos de los fascistas y era necesario acabar pronto. Entonces propuso el canciller una astuta "amnistía". Los generales pedían insistentemente la artillería pesada y el vice-canciller Fey, hombre combativo, escogió los cañones. Pero también enviaba, en curiosa alternativa, papellitos que decían: "Obreros, nosotros somos vuestros hermanos". En cambio, en los obuses no iban precisamente mensajes de "fraternidad".

La ciudad escuchaba perpleja el cañoneo y los más absurdos rumores que circulaban. Se decía que la HEIMWEHR (organi-

Publicamos a continuación, traduciendo especialmente del francés para TRABAJO, un movido e interesante relato de las luchas insurreccionales del proletariado austriaco contra el gobierno que preside el ridículo y sangriento Dollfuss, "Napoleón de bolsillo".

Elias Eremburg, escritor soviético, novelista y polemista célebre, no entra a analizar en el folleto del cual publicamos algunos fragmentos las causas económicas y políticas de la insurrección. Se limita a darnos una apasionante relación de la lucha en que una vez más demostró el proletariado su valentía y su capacidad de sacrificio. Eremburg no deja de criticar, aun cuando sea de paso, la actitud timorata e irresoluta que adoptaron los jefes socialistas de la insurrección.

Que el ejemplo de los caídos de Austria sea un acicate que impulse hacia la acción decidida contra el fascismo, al proletariado de todo el mundo.

zación militar fascista) estaba en lucha con los alemanes; que los checo-eslovacos marchaban sobre Viena. Nadie podía imaginarse que era el bombardeo de hogares habitados.

Un joven oficial pregunta al superior: "No sería conveniente proponerles que evacuasen las mujeres y los niños?" y aquél contesta furioso: "En ningún caso; las mujeres y los niños los obligarán a capitular más pronto" y agregó después de un silencio: "En el fondo, es hasta más humano puesto que eso abreviará el derramamiento de sangre. . ."

Durante toda la mañana la artillería continuó bombardeando la "Ciudad Karl Marx". Los rebeldes cedían terreno: En el patio, cerca de una de las puertas, doce obreros cubrían la retirada. Eran doce que para salvar a sus compañeros se habían ofrecido espontáneamente. Y los doce murieron. La ciudadela fué ocupada por las tropas. Tres horas más tarde un pelotón de rebeldes las desalojaba de las habitaciones, pero, habiendo recibido refuerzos, las tropas se apoderaron del patio. Los rebeldes tiraban siempre. En ningún otro lugar hubo combate más reñido. En las escaleras los rebeldes rechazaban a los soldados a culatazos. Estos remataban a los heridos con la bayoneta. Subían la escalera y bajo sus pies no encontraban pedañitos sino cadáveres de obreros. . .

Un obrero tomó en sus brazos un caballo de madera: era un juguete de su hijo. El mismo no comprendía la razón de su gesto. Corría por la calle agarrando el juguete y el caballo de madera lo salvó. Los soldados estupefactos, miraban a aquel hombre caminar entre escombros y cadáveres con un caballo de madera en los brazos y lo dejaron pasar.

En una casa, un cerrajero seguía tirando. Varios fusiles habían sido abandonados en la habitación por los soldados. El obrero disparaba. De repente, por una ventana, lanza un grito y cae. Su mujer, que estaba en el corredor oculta, acude lanzando gritos lastimeros. La policía trata de derribar la puerta. Entonces los niños (el mayor, dieciséis años, el más joven, diez,) empuñando los fusiles se ponen a disparar. La policía enviaba descargas nutridas por las ventanas. Cuando la puerta es al fin derribada, todos yacían por el suelo: el cerrajero y dos de sus hijos habían muerto, su mujer y el tercer hijo, gravemente heridos. Sobre este pequeño incidente de Floridsdorf se podrían escribir volúmenes. También se puede contar resumidamente así: el pequeño Warl, de diez años, a quien todavía le gustaba chupar caramelos y hacer diabluras a sus compañeritos, murió como murieron cientos y cientos de obreros en Viena.

Setenta rebeldes tomaron la decisión de alcanzar la frontera

checo-eslovaca, armas en mano. Los autos de la policía se lanzan a su alcance. Durante el trayecto tienen varios encuentros. Los insurgentes no tenían pan ni agua; sorbían los copos de nieve. Muchos no pudieron resistir y cayeron. Los policías se lanzaban sobre ellos y los remataban. Llegó la noche. Los rebeldes iban al azar sin saber ni conocer el camino que seguían. Luego vino el alba. Y ellos seguían caminando. Cayeron otros diez o veinte hombres. Sobre sus cabezas volaban los aviones de la policía. Se les metallaba por el frente, por los costados, por la retaguardia y por encima. Ellos se detenían, sus dedos entorpecidos por el frío apretaban el gatillo. Una segunda noche los cubrió. Detrás de ellos, en el camino quedaban, de trecho en trecho, los cadáveres. De repente ven en la oscuridad la linterna de una estación. Se pusieron en guardia para tirar. Pero en la noche, una voz resonó, una voz que hablaba lengua extranjera: era un centinela checo. Habían recorrido más de ochenta kilómetros. Eran setenta al partir y llegaron 47. Los demás habían muerto. Los checos desarmaron a los rebeldes. En la mañana el corresponsal de un periódico de Praga viene a verlos. Simplemente, con sobriedad, le cuentan sus cinco jornadas. El corresponsal exclama: "Qué Heroísmo!" y ellos contestan: "Hemos luchado como los demás". "Y ahora — les pregunta el corresponsal — ¿qué pensáis hacer?" y los fugitivos en coro responden: "Queremos llegar hasta la "Unión Soviética".

En Bruck, un millar de insurgentes defendía la colina que domina la ciudad. La artillería oficial estaba emplazada sobre una altura, no lejos de una capilla. Wallisch decidió atacar las tropas por la retaguardia. Seiscientos quedaron en la colina y cuatrocientos, dirigidos por Wallisch, se pusieron en camino por las montañas, llevando sobre sus espaldas las ametralladoras y las municiones. No tenían víveres. Llegaron a una altura de 1400 metros, marchando con grandes dificultades y caídas sobre la nieve amontonada. La esposa de Wallisch iba al lado suyo. Así anduvieron durante 8 horas. Rechazaban un ataque de soldados alpinistas enviados en su persecución. Una tempestad de nieve los envolvía, lo mismo que las tinieblas de la noche. Y ellos seguían caminando. El Gobierno ofreció 5000 chelines por la cabeza de Wallisch. Pequeña fracción del empréstito dado al Canciller Dollfuss por los radicales socialistas franceses. La importancia de la oferta se explicaba por la popularidad de Wallisch en toda la Estiria. Se hablaba de él no como de un funcionario del partido sino como un defensor intrépido de todos los explotados. Wallisch quería alcanzar la frontera yugoeslava y para ello algunos amigos lo consiguieron un automóvil. Pero un hombre se sintió tentado por los 5000 chelines: un empleado ferrocarrilero que no conocía a Wa-

llisch. Al verlo, sonrió imaginándose la riqueza en perspectiva. Corrió al teléfono y llamó a los gendarmes.

En el proceso de Wallisch, el tribunal parecía una fortaleza. Los jueces no disimulaban su temor y habían hecho proteger las puertas no solamente por ametralladoras sino también por cañones. Wallisch, cargado de cadenas, fué llevado a la audiencia. Un testigo cuenta que habló poco ante el tribunal, mirado fijamente a los jueces que no soportaban su mirada. "Tenéis algo que decir?" le preguntaron y él contestó: "He combatido por la causa obrera. Me habéis prendido y estoy en vuestras manos. Sé lo que me espera y creo inútil hablar. Pero, vosotros, sabéis siquiera lo que os espera cuando triunfen los obreros?".

La sentencia debía cumplirse en un término de 3 horas, que fueron 3 horas mortales para los jueces y verdugos. ¿Por qué temían tanto a aquel hombre encadenado? Encadenado se le arrastró al patíbulo y así murió simple y valientemente.

En todas las aldeas y ciudades de Estiria los obreros se decían: "Ellos han aborrecido a Wallisch" y en ese "Ellos" se encontraba la explicación de los estremecimientos y temores de los jueces y verdugos. . . Habiendo oído contar todo a dos obreros de la estación, el mecánico delator tembló de miedo y enterró su dinero. No durmió de miedo durante diez noches, hasta . . . hasta que otro obrero acabó con él de un pistoletazo. . . Aquello sucedió exactamente 10 días después de la ejecución.

Bien sé que muchos social-demócratas demostraron gran valor en las jornadas de febrero. No temían a la muerte. Pero si a la victoria. Cuando se les vio en armas todo el mundo comprendió que sólo eran capaces de llevar los libros del partido o de votar en el Parlamento. No se decidieron a hacer saltar los puentes aunque les sobrara dinamita. No hicieron requisiciones para aprovisionar a las tropas. No ocuparon una sola imprenta. Conociendo bien la ferocidad de sus adversarios, no conservaron ningún prisionero en rehenes. No era sólo el espectáculo de civiles en el campo de batalla, era la visión de pacifistas juramentados, de tolstoyanos, de vegetarianos sectarios que no supieron, como debían hacer el papel de lanza-bombas o de generales, si era el caso. Cada uno de los rebeldes salvó su honor personal, pero, en conjunto, no lograron salvar el honor del partido.

Sin embargo, esta sangre obrera no ha corrido en vano. Para los proletarios del mundo las jornadas de febrero en Austria marcan el comienzo de una capitula nueva. Cuando los obreros alemanes, agotados por largos años de hambre, por el desintegramiento de sus fuerzas en frecuentes e inútiles escaramuzas y por la baja traición de jefes a lo Loeb, evacuó sus posiciones sin haber combatido siquiera, el mundo obrero vivió un minuto amargo. En todas partes los fascistas tomaban la ofensiva. Se creían dueños de la situación y no temían el contra-ataque. El proletariado necesitaba un gran ejemplo, una epopeya de valor romántico en la lucha. Era preciso recordarles que los obreros saben luchar uno contra diez; que saben ir al asalto de las posiciones enemigas y morir como murieron en la Comuna y vencer como vencieron en Moscú.

ELIAS EREMBURG, (fragmentos)

(De "Izvestia", Moscú).

El sentimiento que nos sigue produciendo las caricaturas de Hernández es más de lástima que de otra cosa. Esa actitud suya de trabajador a quien no le queda más remedio que agachar la cabeza ante los mismos hechos que apenas le permiten sacar la nariz de entre los apuros, y que no sólo la agacha sino que la vuelve agresiva contra quienes luchan contra el régimen de explotación capitalista, es de las actitudes más infelices que puede adoptar un hombre, aun cuando se trate de una actitud muy común.

Nos volvemos a referir a aquel inofensivo dibujo suyo, que trajo una nutrida protesta de damas católicas de Heredia y la amenaza del retiro de anuncios de comerciantes católicos del diario en que apareció. ¿Qué hizo Hernández entonces? ¿Se volvió agresivo contra quienes trataban de coartar su libertad de pensamiento? ¿Se rebeló su lápiz de caricaturista contra la amenaza? Nada de eso: fué entonces que comenzó a atacarnos como para congraciarse con las influencias que lo humillaban. Desvió hacia nosotros el sentimiento hostil que lo amenazaba, que se le venía encima. Y en estos días de lucha recla, su lápiz sirve al coro de políticos burgueses que tienen interés en hacer aparecer el Comunismo como una doctrina de crimen, violencia y odio.

El Partido Comunista de Costa Rica pide a Hernández que le señale un solo acto criminal que haya cometido desde que comenzó a actuar. ¿Qué crimen hay en querer acabar con un régimen que permite a los cafetaleros realizar enormes ganancias, mientras pagan a sus peones salarios que son una burla al derecho de vivir?

El Comunismo odia el régimen capitalista lo mismo que un cristiano sincero puede odiar lo que él cree el pecado. El terrorismo no es arma del Comunismo. No fué el Comunismo el que en 1914 desató la guerra que asesinó 10 millones de soldados, hirió y dejó impedidos a unos 20 millones de hombres, hizo prisioneros a 6 millones de individuos de los cuales desapareció la mitad, ni fué el Comunismo el que desató el hambre y la peste que acabó con 28 millones de seres humanos; que dejó huérfanos a unos 9 millones de niños y viudas a más de 5 millones de mujeres. No, no fué el Comunismo el autor del asesinato que costó 200 millones de dólares y que aumentó las utilidades de 18 grandes compañías de los Estados Unidos de 74 millones y pico de dólares que obtenían antes de la guerra a 337 millones que lograron sólo en el periodo de 1916 a 1918.

¿Quién fué el autor de estos hermanos Claudio, Manzo, crimen Tabuloso? ¿Quién desató etc., al poder.

tan tremenda violencia? ¿Fué el Comunismo? No se pusieron entonces los Hernández del mundo entero al servicio de aquel crimen para servir bien al amo del oro y de los cañones?

¿De qué lado están en la tierra en este momento el crimen, la violencia y el odio? Es el Comunismo quien tiene 50 millones de desocupados y millones de criaturas humanas muriéndose de miseria o perseguidas por las ametralladoras y los gases de la burguesía? Es en Costa Rica el Comunismo el que ha destruido los puentes de Sixola y ha levantado la línea férrea o es la muy respetable United Fruit?

Nosotros no tenemos ningún interés de convencer al caricaturista Hernández de la probidad del movimiento Comunista en Costa Rica. Por el momento a él no le conviene creer en esta probidad y trata de quedar bien con el amo, ridiculizando a la diputación comunista a la que pinta como si hubiese cogido al pueblo como bestia de carga. ¿Quién sabe si Hernández, vecino del barrio González Lahmann, querría cambiar su situación con la de alguno de los diputados comunistas y conformarse con la tercera parte del sueldo y encima tener sobre sí la rabia de los políticos burgueses y el rencor de los Paco Hernández y Cia.

Si nosotros pudiéramos darnos el lujo de publicar caricaturas en nuestro periódico, pondríamos por ejemplo una en que Hernández apareciera como un animalito de circo haciendo gracias ante el público, obligado por el restallido del látigo del domador.

Las reflexiones de un agente de tráfico

Nos contaba un compañero que el 1º de mayo que acaba de pasar, al salir o al entrar al Congreso la diputación comunista, un agente de tráfico le dijo a alguien que estaba cerca, poco más o menos lo siguiente:

—A éstos sólo la metralla los arreglaría. . .

A saber lo que a este infeliz le habrá costado conseguir el empleo que tiene, a no ser que tenga influencias con el gobierno. Aconsejamos al agente de tráfico en cuestión, un camino para que vea realizados sus piadosos deseos de ametrallar comunistas: que se haga cortesía, esto es, que luche por la candidatura de León Cortés en las próximas elecciones presidenciales; si llega al poder León Cortés, le dará gusto en esto de ametrallar comunistas. También puede tomar lecciones de histerismo con el tío Herbert en el Club Alemán, lo cual le podrá proporcionar un alto puesto cuando al dicho León se le cumplan los deseos de subir con

A los militantes del Partido

SE LES COMUNICA:

Que a fines del mes en curso se celebrará en la capital un Congreso del Partido con el fin de discutir problemas de organización celular y organización sindical, lo mismo que la línea política del Partido.

En el próximo número se dará a conocer la fecha y lugar exacto de la celebración.

Las secciones deben prepararse para enviar sus delegados.